

MARÍA ZARAGOZA

LA
BIBLIOTECA
DE FUEGO



María Zaragoza



La biblioteca de fuego

Premio Azorín de Novela 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Zaragoza, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2022

Depósito legal: B. 3.648-2022

ISBN: 978-84-08-25590-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Capítulo I

EL MAYOR SECRETO QUE PODRÍA CONFIARTE

(Mayo de 1930)

SIEMPRE quise ser bibliotecaria. Me recuerdo de pequeña ordenando por tamaños y colores los volúmenes de la vetusta biblioteca familiar, la única actividad intelectual que mi madre no veía con malos ojos, ya que la identificaba como el hacendoso esfuerzo de una diligente señora de la casa, a su parecer mi único destino en la vida.

Por eso, cuando años después quise presentarme al examen de acceso a la carrera de Filosofía y Letras en Madrid, supuse que ella no lo permitiría. Mi madre se llamaba María Consolación Esperanza Ramírez de Villegas, pero todo el mundo se dirigía a ella como *doña Consolación*. A veces incluso mi padre la llamaba así con sorna. Resultaba complicado apearle el tratamiento, pues era una mujer tan estricta que incluso usaba corsé cuando ya no estaba de moda. Quizá para llevarle la contraria, yo fui Tina desde que tengo memoria, cosa que a ella le disgustaba sobremedida: fiel a sus convicciones en la integridad onomástica, siempre me llamó Agustina Catalina, alargando las íes para mostrar enfado, autoridad y un poco de desprecio.

A la pronunciación insidiosa de mi nombre le seguía una muletilla inevitable: «Eres igual que tu tía María de los Dolores». Sin duda se refería a las formas destartaladas que lucíamos mi tía Lolita y yo, a nuestra común falta de pericia para caminar con zapatos de tacón y al interés por los li-

bros que siempre nos había unido, y que rizaba de indignación las pestañas de mi progenitora. Durante los primeros años de mi vida, me provocaba gran confusión el papel que mi tía Lolita, la única hermana de mi madre, jugaba en la familia. Hasta que un buen día desapareció: decidió irse y estudiar, aunque tal vez sólo pretendiera escapar de doña Consolación, que siempre fue mucho más severa, delgada y perfeccionista. Cuando volvieron a tener noticias suyas, se había casado con un maestro andaluz del que jamás oí hablar bien. A mi madre se le gastaba la boca pregonando que mi tía Lolita había sido una niña mimada porque los abuelos la tuvieron cuando ya habían perdido la esperanza de volver a concebir un hijo, pero la verdad es que a mi tía le gustaba comer, ir al cine, bailar, fumar cigarrillos a escondidas y cortarse el pelo ella misma. En una palabra, le gustaba todo lo que a su hermana no: vivir.

Ahora creo que conocí poco a mi padre. Era un hombre autoritario y alegre, pero eso podría haberlo afirmado cualquiera que lo viese dos veces. Admirador de Benito Mussolini desde que me acuerdo, apoyó la dictadura de Primo de Rivera incluso en sus momentos más impopulares; cuando cayó la monarquía, asistió en el Teatro de la Comedia a la fundación de la Falange y lució su camisa azul por el pueblo mucho antes de que otros se arrimasen al árbol que más sombra daba durante la guerra. No obstante, a menudo hacía bromas cariñosas sobre mi tía Lolita, *la bolchevique*, que enfermaban a mi madre. Teníamos dinero, varios miles de hectáreas de tierras y el primer automóvil que vi en mi vida, un Hispano-Suiza que durante un tiempo también fue el único que recorría los caminos de la comarca. Vivíamos en una casa enorme, en un pueblo de Ciudad Real, con un servicio nutrido de criadas, mozos de cuadra, cocineros, institutrices y no sé cuánta gente más que nunca supe a qué dedicaba sus horas.

Todo me hacía pensar que mi padre también se opondría a que estudiara una carrera universitaria, pero no lo hizo, y por primera vez la sorprendida fue mi madre.

—Querido, la universidad no es para mujeres.

—La ignorancia tampoco, y mucho menos tratándose de alguien de mi sangre. Si las hijas de los masones pueden ir a la universidad, la nuestra también.

Aproveché aquel sorprendente giro para manifestar mi deseo de alojarme en la Residencia de Señoritas. Mi madre, por su parte, mencionó algo de una residencia teresiana que me sonó a convento de monjas y, desde luego, tampoco entusiasmó a mi padre, cuya antipatía por la Iglesia sólo era comparable a su animadversión por los masones.

—Tina se irá a vivir con mi hermana Francisca y punto. Ya está decidido. —Mi padre solía cerrar las discusiones con esa coletilla—. Es importante que los niños se preparen para el futuro, doña Consolación.

—Los niños sí, pero la niña... —trató de protestar mi madre.

—¡Los tiempos cambian!

Ella me dirigió una mirada furibunda, pero no dijo nada hasta que mi padre se fue a dictar un telegrama a su hermana Francisca. «Igualita que su tía María de los Dolores», murmuró como si hablara con la pared y, tras santiarse, salió también del cuarto.

En cuanto me quedé sola, las rodillas dejaron de sostenerme y caí derrumbada en un butacón. Tenía ganas de gritar, de correr por el campo hasta la casa de Felipe, mi mejor amigo, para decirle que me iba a estudiar a Madrid, que lo había conseguido. Deseaba escribirle a mi tía Lolita y contárselo, pero un pensamiento a medio formular me mantenía sin hacer nada. Poco a poco, el pensamiento tomó forma de pregunta: «¿Esa hermana a la que no veo desde pequeña?».

Mi padre jamás hablaba de sus hermanos, y a mi tía Francisca la recordaba como un borrón confuso, un enérgico rayo vestido de negro, que no había pasado por casa desde lo que me parecían siglos.



Felipe era el hijo de un rico terrateniente amigo de la familia. Su padre y el mío se repartían la mayor parte de las tierras de la zona, y solían invitarse a opíparos banquetes que mi madre nunca disfrutaba. Tenía cinco hermanas a las que vestían como muñecas, y nuestras familias habían acordado que él y yo nos casaríamos en el futuro para unir las fortunas y resolver algún litigio pendiente sobre lindes, aunque a nosotros nos parecía casi una broma. Felipe era mi único mejor amigo. Los dos habíamos estudiado hasta entonces en casa y teníamos poco contacto con otros niños que no fueran nuestros hermanos y algunos hijos del servicio, siempre demasiado conscientes de que pertenecían a otra clase social. Los dos éramos muchachos taciturnos a los que gustaban los libros, un poco soñadores y un poco callados. Pasábamos muchas horas en silencio el uno junto al otro, leyendo poesía o mirando las estrellas. A Felipe le encantaban las estrellas y se sabía todos sus nombres. Le hubiera gustado estudiar Ciencias, pero su padre había decidido que cursase Derecho en Salamanca y eso iba a hacer.

Cuando corrí a contarle que tenía permiso para ir a Madrid, Felipe estaba cepillando a Tizona, una yegua coja que había salvado hacía muchos años del sacrificio. «Si no dejas que la mate —había dicho su padre—, tú te ocuparás de ella.» Tizona había mejorado mucho con el amor que le proporcionaba Felipe y, aunque no volvió a correr, aún podía tirar de un carruaje. Los domingos le trenzaba el pelo,

salía a montar al caer la tarde y yo me reía, porque todas las señoritas le tenían echado el ojo. Felipe se sonrojaba y culpaba de todo a la yegua, tan guapa y tan rubia que no parecía ni vieja ni coja.

De pie en la cuadra, Felipe paseaba el cepillo como si su actividad fuera la más delicada del mundo. Era un hombre refinado, muy alto —y parecía más alto con los pantalones ceñidos y las botas de montar—, de mirada soñadora y pómulos muy marcados sobre los que resaltaban dos manchas de nacimiento que tenían forma de estrella. Su sonrisa se tornó triste cuando le dije que me iba a Madrid.

—A mí me hubiese gustado alojarme en la Residencia de Señoritas —añadí—, pero mi padre insiste en que viva en la pensión de su hermana, de la que casi ni me acuerdo.

Él emitió un sonido que podría haber sido tanto aprobatorio como renuente. Parecía oírme con profundo desinterés.

—Se supone que después nos casaremos.

Su respuesta me desorientó por completo.

—¡Anda ya! Sabes que eso son cosas de nuestros padres.

—Lo tienen todo pensado, te lo aseguro. Somos menos libres de lo que te piensas.

Aquella apostilla me hizo daño. Nunca me había hablado así.

—¿Tú crees que hablan en serio de que nos casemos?

—Claro. —Me miró a los ojos.

—¿Y te molesta que tu mujer tenga estudios?

Estaba tan irritada por el tono que había adoptado, que le respondí de la misma manera. No había formulado una pregunta, sino casi una amenaza. Felipe bajó los ojos de nuevo al cepillo y sus hombros se descolgaron en un gesto triste.

—No, pero te veré poco —concluyó.

No había pensado en eso. Mientras estudiásemos, estaríamos separados la mayor parte del tiempo. Sentí una

presión en el pecho, una profunda tristeza dentro de la euforia que me había llevado hasta allí. En ese instante me salté todos los protocolos y me abracé a él en aquel establo. Felipe se quedó muy quieto, como una estatua fría, flaca y hermosa, y tardó un rato en devolverme aquel abrazo, el primero que nos dimos en la vida.

—Te voy a echar de menos —musité.

—Yo también, Tinita —respondió con la voz rota—. Pero te iré a ver. A los novios se nos permiten esas cosas.

No le protesté que fuera mi novio. Quizá lo fuese. Al fin y al cabo no resultaba sencillo llevar la contraria a nuestros padres. Nos quedamos unos minutos así, hasta que de repente Felipe se separó de mí y retrocedió un par de pasos:

—Te he traído una cosa que te dará suerte.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo desenvolvió con una mezcla de pudor y reverencia. Dentro brillaba un solitario de montura modernista con un granate en talla esmeralda, de un rojo ennegrecido como la sangre.

—Felipe, es precioso.

Me lo puso en el dedo, en el que encajaba a la perfección. Tan feliz me sentía que no me sorprendió, ni me hizo sospechar que todo había sido cosa de mi madre: probablemente le había ido con el cuento de mi traslado Madrid, le conminó a que hiciera algo para afianzar nuestra relación y hasta le ayudó a que acertase con el tallaje. En ese instante sólo tenía ojos para Felipe, que me aseguró que el granate traía éxito en las empresas. Aquel regalo nos devolvió los mejores momentos de nuestra infancia.



Durante los meses siguientes, mientras preparaba el examen de ingreso, vivimos como dos personas que esta-

ban predestinadas la una para la otra. Leímos poca poesía y vimos pocas estrellas, pero los silencios entre los dos se hicieron más largos y más profundos hasta la mañana del viaje que prometía una vida nueva.

Mi tía Lolita había insistido en acompañarme a Madrid a hacer el examen. Decía que su marido tenía unos asuntos allí y que podía llevarnos. Mis padres no encontraron la forma de impedírselo porque no lograron hallar alternativa a su oferta que no pasara por mandarme sola en un tren. Lolita anunció que me recogerían el día antes del examen y que haríamos noche en casa de unos amigos. Mi padre murmuró que seguro que eran republicanos, pero no opuso mayor resistencia.

El día acordado, la tía Lolita entró en la finca como un huracán. Yo llevaba una pequeña bolsa con dos mudas, un camisón y un par de libros para repasar que me arrancó de las manos con energía. Su marido esperaba en la puerta, dentro de un Renault KZ. Nunca entraba en mi casa y no parecía ser bienvenido. Asumí con naturalidad que las diferencias políticas con mi padre les habrían causado algún enfrentamiento y que por eso apenas lo había visto hasta ese día. De mi memoria han desaparecido su voz y su rostro y, de aquel viaje a Madrid, sólo atesoro mis conversaciones con Lolita, nuestro esfuerzo para superar el ruido del motor y a ella fijándose en el solitario.

—¿Te lo ha regalado Felipe?

—Para que me dé suerte. Se supone que es una piedra que favorece el éxito.

—También llaman al granate «la piedra del compromiso». —Su tono encerraba cierta maldad y me hizo enrojecer.

—No creo que Felipe sepa eso.

—En cualquier caso, un anillo es una forma de marcar a alguien como tuyo, ¿no te parece?

—¿Es por eso que también llevas uno?

Ante mis palabras, se miró el dedo en el que llevaba un anillo con una perla y se quedó en silencio mucho más de lo que me hubiera gustado. Cuando volvió a hablar, había esquivado el tema.

—Felipe es uno de esos hombres que defienden su derecho a ser cobardes y que por eso jamás será feliz: estará supeitado a los caprichos de unos y de otros. Ahora es su padre, más tarde será un jefe o una esposa, y no creo que esa esposa vayes a ser tú. Has salido a mí y harás siempre lo que el corazón te dicte. No te cases nunca con alguien que no haga que los días parezcan fiestas. Felipe es adorable, pero no es tu compañero, tiene demasiados complejos. Nosotras no hemos venido al mundo para ocuparnos de los complejos de nadie.

Mi tía soltó aquello en un borbotón y me parece que su marido debió de sentirse aludido. Sin embargo, al tratar de pensar en él sólo distingo una sombra en su lugar, un borrrón, una parte más del coche.



El instituto Cardenal Cisneros estaba situado en el Caserón de San Bernardo y compartía edificio con la Universidad Central de Madrid, de la que había dependido durante años. Cuando mi tía Lolita me acompañó hasta allí, yo estaba aterrorizada. Nunca antes había estudiado con nadie, recibía las clases en casa y a solas. ¿Qué les parecería a los demás? ¿Alcanzarían mis conocimientos el nivel exigido o tendría que esforzarme mucho más que el resto durante el examen? La posibilidad de alcanzar mi sueño de ser estudiante universitaria me producía un vértigo difícil de describir. Temía tanto el éxito como el fracaso de mi empresa, y por eso permanecía quieta en la calle de los Reyes, hipnotizada ante aquellas puertas casi parroquiales.

Lolita me aseguró que estaría allí para recogerme y añadió que el éxito llegaría, con o sin el anillo de Felipe. Traspuse la entrada con miedo, pero la mención al solitario me distrajo de la soberbia entrada de piedra, las escaleras de mármol y los luminosos ventanales de medio punto. Hubiera debido estar conmocionada por el eco apresurado de los pasos de los alumnos por los pasillos de altos techos o las lámparas que parecían animales rampantes de cristal: tantas personas admirables habían pisado ese mismo suelo cuando eran tan sólo jóvenes despistados como yo. Sin embargo, sólo podía pensar si aquel condenado anillo significaba que mi destino sería casarme con Felipe, así que me perdí. Cuando quise darme cuenta, estaba distraída con el soberbio mobiliario de madera y metal de los laboratorios, las pesadas puertas y el hermosísimo tono verde del salón de actos, vagando de un punto a otro sin rumbo. Por suerte, conseguí encontrar a tiempo la puerta correcta.

Al salir del examen, no tenía ni idea de cómo lo había hecho. La enseñanza que había recibido en casa era completa, pero me asaltaba el temor de que en la ciudad la gente estudiase los mismos conceptos de una manera distinta, y así se lo hice saber a Lolita cuando la encontré al otro lado de la calle. Ella espantó mis preocupaciones como quien espanta un insecto molesto y me llevó a pasear un Madrid que florecía y asustaba, un Madrid lleno de ruido, luz, calor y gente que no se parecía en nada a mis fantasías. Poco a poco, de su brazo, me fui enamorando de su monstruosidad, de aquel tamaño que desbordaba, de la modernidad que se le intuía, desde los edificios señoriales hasta las humildes carretillas que vendían fruta. Lolita hablaba y hablaba y me llevaba a ver libros y a caminar por jardines con árboles vetustos y retorcidos. Quizá fue de aquel paseo que aprendí a pasear todas mis dudas y mis males hasta agotarlos. Ni siquiera pensé en visitar a mi tía Francisca, con la que

viviría el siguiente curso si aprobaba el examen. Fue al caer la tarde cuando Lolita, borracha también de aquel paseo sanador, me confesó un secreto que, ninguna de las dos lo sabíamos en ese instante, determinaría los años más luminosos y oscuros de mi existencia.



La tía Lolita había conocido a Fernando Villalón en Sevilla, durante un recital en su casa de la calle de San Bartolomé, que a ella le parecía un palacio encantado. Estaba familiarizado con seres inmortales, con los trasgos, los dioses egipcios, los mal lázaros y las voces del más allá, y tan cercanos como los sentía era capaz de transmitirlos. En la primavera de 1929, en una de las reuniones para agasajar a sus amigos venidos de toda España con motivo de la Exposición Iberoamericana, Villalón rompió a recitar. Era un poeta excepcional y, si no se lo tomaban más en serio, era por su afinidad con el terruño, las fincas y los cuernos. O por su debilidad por la magia, la alquimia y los aparecidos. Todas estas cosas resultaban una excentricidad para ciertos literatos que se las daban de cosmopolitas y veían en Villalón una suerte de picador con ínfulas de mentalista y rapidez para el soneto. Muchos de ellos se mofaban de la pasión de Villalón por el ganado bravo: el poeta se sentía destinado a recuperar los toros de ojos verdes de los tartesios, y aseguraba que por las noches se le aparecían en la bruma de los sueños llamándolo por su nombre. Hasta el momento, sólo había logrado endeudarse y encastar unos morlacos de carácter endemoniado y enormes cuernos a los que ningún torero se quería acercar.

La voz de Villalón era metálica y clara, pero entre el segundo y tercer poema hizo un requiebro terroso, los ojos se le abrieron mucho y el aliento de los invitados se contu-

vo cuando la medalla de Isis con la que solía hacer sus predicciones saltó de su mano. Fueron unos segundos angustiosos. Después, Villalón bebió y se agachó con esfuerzo a coger su medallita del suelo. Se percibió el alivio, pero Lolita quedó intranquila. El anfitrión la había mirado antes de continuar como si buscara una explicación en ella.

Tras varias rondas de copas de champán, los invitados se fueron marchando, hasta que sólo quedó atrás un grupo de seis hombres y una mujer envuelto en risas. Cuando Lolita quiso irse, Villalón la retuvo.

—He tenido una visión y tú estabas en ella —le susurró.

Y alzando la voz, para que pudieran oírlo los últimos rezagados, describió lo que le había sorprendido mientras recitaba: había vislumbrado fuego y muerte, pero también a Lolita, con los ojos llenos de fiereza, caminando entre los escombros abrazada a unos libros.

—Salvarás una biblioteca invisible del fuego —le dijo a mi tía.

—¿Estabas tú conmigo? —le preguntó ella.

—No, querida niña. Para entonces ya estaré muerto.

Tras semejante afirmación, que provocó el mutismo de todos los presentes, el poeta esbozó una sonrisa para quitarle importancia. A continuación, Lolita fue presentada a un grupo que Villalón calificó como «lo más selecto entre lo más selecto». La única mujer de todos ellos dijo llamarse Zoila Ascasíbar y resultó ser la dueña de una imprenta en Madrid.

—Editora de libros de arte exquisitos —completó un hombre de edad indefinida y de ojos como niebla cuyo nombre mi tía no recordaba.

La acompañaba un joven aprendiz, maquillado y perfumado como una mujer. También iba maquillado, aunque no de forma tan ostentosa, el escritor de la reunión, un tal Álvaro Retana, del que mi tía no había leído nada.

—Ni falta que te hace, querida —repuso Villalón—: es escrupulosamente pecaminoso.

Los tres restantes eran un hombre alto y guapo que llevaba un ojo de cristal, otro hombre joven de pelo muy negro vestido de blanco impoluto y el sobrino del filólogo Menéndez Pidal, Luis Menéndez Pidal, de quien supo que había sido arquitecto del Banco de España.

El hombre de los ojos neblinosos aseguró que el poeta sevillano ejercía de médium con escritores muertos gracias a su buen trato con los fantasmas. En una ocasión habían conseguido hablar con Antón Chéjov.

—Pero no entendimos ni una palabra porque no hablamos ruso —se encogió de hombros Villalón.

Como si hubiera caído en trance, y haciendo caso omiso al apunte del poeta, el hombre de los ojos como niebla comenzó a narrar una historia antigua, plagada de misterios y escondrijos, como un laberinto mitológico: desde no se sabía cuándo, desde no se sabía cómo, había existido una sociedad secreta que protegía los escritos amenazados por la censura. Los preservaban, a riesgo de perder sus propias vidas en el intento, para tiempos más amables con la libertad. Ocultos en la sombra, habían rescatado patrimonio cultural de valor incalculable y, después, se habían disuelto en la historia. Invisibles. Como si jamás hubieran estado allí.

Lo que salvaron se dispersó por el mundo, en bibliotecas y museos, y jamás llevó firma alguna que los pudiera identificar; que pudiese relatar los trabajos hechos para conservar la memoria y el legado; que hablase de la sangre derramada. Se decía que muchos no habían podido sacar lo rescatado de sus escondrijos, y que numerosos libros seguían esperando, en depósitos secretos, que un ojo atento lo hallase.

—Es una vieja historia de familia. Parece que mi abuelo

participó en esos salvamentos —prosiguió—. Al final de su vida no hablaba de otra cosa: de los libros que salvó y de los amigos que se quedaron por el camino. Se hacían llamar la Biblioteca Invisible, y cada uno de sus miembros tomaba el nombre del primer libro que salvaba. Si las premoniciones de Villalón se acaban cumpliendo, acaso deberíamos recuperar su legado. Al fin y al cabo, por desgracia, la historia tiende a ser cíclica.

—¿Y cómo te llamarías pues, salvador de libros? —se mofó el de blanco.

—Yo me llamaré *El Rayo de Luna* y tú *El Tonto* —los presentes estallaron en sonoras carcajadas—, en honor a mis dos obras favoritas de nuestro buen amigo y admirado Retana.

—¡Pero si tú no has salvado esas obras de nada! —le chilló el Tonto.

—Pero he dado de comer y de beber al autor muchas veces, que es casi como salvarlo —respondió Rayo de Luna.

—Sobre todo de beber —sentenció Retana levantando su copa.

Fernando Villalón parecía encantado con la idea de fundar una biblioteca invisible. El hombre del ojo de cristal trató de averiguar si alguien conocía la ubicación de alguno de aquellos escondrijos secretos, pero nadie le hizo caso. Todos permanecían atentos al discurso de Rayo de Luna, que solemnemente proclamaba la fundación de la nueva Biblioteca Invisible. Al poco, todos recibirían en su casa una misiva lacrada que los animaría a salvar un libro en peligro como bautismo en la recuperada sociedad secreta.

—Hay quien piensa que esto sólo es un pasatiempo de ricos, uno de esos divertimentos a los que la gente sin preocupaciones es tan aficionada —concluyó Lolita para cerrar su historia—, pero yo presiento que la Biblioteca Invisible

será importante algún día y quiero que tú participes. Busca a las mujeres del Lyceum cuando estés en Madrid y únete a ellas. Probablemente te harán pasar alguna prueba para admitirte, también se divierten con esa clase de juegos, pero no te confundas: te hablo de algo muy serio, el mayor secreto que podría confiarte —se tocó el pecho sobre el corazón— y que jamás deberás revelar a nadie. Que sea secreto lo mantiene a salvo.

Luego añadió que desconfiase del hombre con un ojo de cristal. La carta que Rayo de Luna les había enviado dejaba muy claro que había quedado excluido de todo lo referente a la Biblioteca Invisible, aunque no explicaba por qué.



Semanas después supe que había aprobado el examen de ingreso en la universidad. Nadie en mi casa lo celebró, porque todos daban por hecho que así sucedería, y al parecer yo era la única que había dudado de mis propias posibilidades. Casi sin darme cuenta, el otoño había llegado como una exhalación, y las horas se me hacían interminables en el tren que cruzaba la meseta hasta la capital, aunque fuera en un moderno vagón de lujo de la Compañía MZA. El convoy no hacía más que detenerse en una incesante sucesión de estaciones y apeaderos. Por suerte, llevaba conmigo un ejemplar de *Las cuatro hermanitas*, en una edición de 1922 de la editorial Eva que me había regalado la tía Lolita en mi último cumpleaños. Aquel libro de señoritas venidas a menos en tiempos de guerra civil me marcaría para siempre, e iría comprando a lo largo de mi vida las sucesivas ediciones que aparecían, cuando ya pasó a ser traducido como *Mujercitas*. Es curioso cómo los libros que nos marcan señalan también nuestro destino: las hermanas

March incluso tenían una excéntrica tía viuda que en ocasiones me recordaría a mi tía Francisca.

Dentro del libro guardaba la última carta que había recibido de mi tía. Lolita cumplía con la correspondencia en pulcros sobres azules con el dibujo de una violeta. Era una breve nota, pero suficiente para hacerme olvidar mis nervios por un futuro que se dibujaba ya claro en el horizonte a través de mis estudios y quizá, o puede que sobre todo, por el anillo con el granate que había modificado por completo mi relación con Felipe. Me deseaba suerte y me recordaba que lo que me había confiado en aquel viaje era un secreto sólo para mí: la persona más especial de su mundo.

No comprendía que yo fuera eso para Lolita, pero me bastaba con que creyera que merecía ser depositaria de sus misterios para sentirme mejor, para sonreír a la ventanilla recalentada de aquel interminable tren hacia el futuro. Durante mucho tiempo, pensaría que su aventura en casa del poeta místico había sido un invento, un cuento para divertirse conmigo, literatura al fin y al cabo, un juego que nos aportase unión en la distancia. Incluso si existía un hombre con un ojo de cristal, otro con la mirada de niebla, un escritor pecaminoso, un arquitecto de bancos, una impresora artística, un aprendiz maquillado, un poeta con alma de ganadero y un aristócrata que permitía que lo llamasen tonto en las fiestas, parecían personajes que ella hubiese creado para mí, para que yo los encontrase en un Madrid lleno de promesas. Eso me hacía sentir especial y volvía mi viaje más hermoso.



Hasta entonces sólo había visto pequeñas estaciones de pueblo con desangelados andenes a la intemperie. La estación del Mediodía me resultó más parecida a una catedral

ornada de vapor de motores y carbonilla. Sus casi treinta metros de altura, con estilizadas vigas y arquerías de hierro fundido le conferían un aspecto colosal en cuyo interior hubiera cabido un jardín con árboles y palmeras.

Sentí que la suntuosidad del edificio y el bullicio de los andenes me hacían más pequeña. Allí estaba, demasiado cargada para buscar un mozo de cuerda y lamentando no haber advertido a la tía Francisca de que necesitaría ayuda. Los elegantes hombres de aspecto serio y gafas redondas con periódicos doblados bajo el brazo de la maleta y zapatos recién lustrados que les conferían un cierto aroma a imprenta y alcanfor, las señoritas de sonrisa exultante y modernos vestidos que casi dejaban al aire las rodillas, las mujeres con preciosos sombreros de fieltro enmarcando miradas perdidas en el suelo o que buscaban con ansiedad a esa persona que debía llegar, todos ellos caminaban con el aire de quien tiene un objetivo claro.

Nadie mira a nadie en las estaciones, pero él sí me miraba a mí. Estaba de pie en el andén, a contraluz, recortado como una silueta que me impedía fijarme en sus rasgos. Sin embargo, sabía que me miraba. Entre el vapor, el ruido y el gentío, aquel hombre en la sombra me observaba. Nerviosa, me coloqué el sombrero y traté de no devolverle la mirada, pero me resultaba difícil porque seguía fijo, parado, sin hacer nada y sin retirarse. Habría chillado cuando salió en mi dirección del recorte de luz de la cristalera, pero vi en sus manos un papel con mi nombre escrito que me hizo dibujar una sonrisa bobalicona. Él no me devolvió la cortesía.

—¿Es usted Agustina Vallejo? —dijo muy seco.

—¿Lo envía mi tía Francisca?

—Doña Paca me envía, sí.

—¿Cómo ha sabido que era yo?

—Por todos esos bultos. Y por su vestido.

De repente me avergoncé de la elección que había hecho: un vestido azul que dejaba al aire algo más que mis tobillos, muy sencillo, pero a juego con los zapatos, los guantes y el sombrero. ¿Era inadecuado? ¿Pasado de moda? ¿Qué llevaban las jóvenes en la capital?

—¿Es muy provinciano? —pregunté con cierta vergüenza.

—No, es muy caro —me corrigió.

Enrojecí sin poder evitarlo y lamenté que mi sombrero tuviese el ala demasiado corta como para esconderme bajo ella. Lo observé organizar mi equipaje para cargarlo. Era alto, aunque no tanto como Felipe, y tenía la piel oscura y tersa. La nariz era recta y desafiante, los ojos grandes, castaños y de aire melancólico, como los de los caballos. El pelo debía de ser rebelde y oscuro, pero lo llevaba muy peinado hacia detrás, y se había afeitado con esmero al estilo americano, aunque la sombra que bordeaba sus labios indicaba que el vello era recio y abundante.

Pensé en la fábula de Esopo del lobo con la piel de cordero y me pareció que aquel muchacho, que no debía de ser más que un par de años mayor que yo, era el caso inverso: sus facciones suaves y sus ojos inocentes sugerían que era una oveja la que se había vestido con ese cabello oscuro que tanto resaltaba. Sus manos eran fuertes pero bonitas, de largos dedos de punta cuadrada, su mandíbula suave pero precisa, su ropa impecable pero vieja. Que era un hombre de contrastes se percibía incluso en el trato que me daba: elegante pero despectivo, hablándome de usted y ayudándome, pero con un orgullo que me resultó tan ofensivo como a él el precio que le adivinaba a mi atuendo. Me pregunté por qué un criado de mi tía me trataría de esa manera, pero no me atreví a preguntar.

—Puedes llamarme Tina —dije con timidez camino del taxi.

—Yo me llamo Carlos —respondió sin mirarme—, su tía me ha enviado a recogerla porque está en la reunión semanal del Centro Platón y a mí me pillaba cerca.

—¿Cerca?

—De la facultad de Medicina. Está ahí al lado, detrás del hospital.

Hizo un gesto vago con la cabeza y yo sonreí y asentí como si supiera de lo que me estaba hablando. Me sentí estúpida de inmediato.

Así que mi tía asistía semanalmente a clases de filosofía —qué otra cosa podía hacer en un sitio llamado Centro Platón—, y el criado no era tal, sino un estudiante de Medicina que, presumiblemente, vivía en la pensión. Un estudiante pobre, a buen seguro, porque le molestaban mis maletas de niña bien. Pobre porque llevaba toda su bonita y planchada ropa remendada mil veces. Me pregunté qué más sorpresas me depararía ese primer día en la capital mientras el tal Carlos y el taxista cargaban mis cosas en el coche.

—Puedes tutearme —intenté hacerme oír por encima del ruido del motor.

—No lo encuentro conveniente —contestó.

Pensé que era un maleducado y que jamás podría llevarme bien con alguien así. Estaba amargando mi primer día en Madrid, el muy egoísta. No me daba cuenta de la razón que tenía al pensar que no era más que una niña mimada de provincias.



La pensión Colmenares estaba situada en la calle del mismo nombre, muy cerca de la avenida del Conde de Peñalver, a la que muchos empezaban a llamar la Gran Vía. Ocupaba el piso principal de un edificio de cuatro plan-

tas, con grandes puertas de madera y lucernas de cristal. En el bajo, el portero sonreía a modo de saludo sin despegar los ojos de *El Heraldo de Madrid*. Era un señor de cierta edad, cierto porte y cierto uniforme que insinuaban unos tiempos mejores, aunque esa época hubiera quedado lejos sin que a él pareciera importarle. Las baldosas relucían con el sol, y el pasamanos de forja y las escaleras por las que subía Carlos cargado con mi equipaje también estaban im-polutos.

La pensión era un antiguo piso señorial de altos techos y muy luminoso. Al cruzar la puerta se accedía a un modesto recibidor donde llamaban la atención un teléfono de candelabro dentro de una urna cerrada con llave, un viejo plano de Madrid y una foto de bodas enmarcada en plata de aspecto muy antiguo y elegante. La novia iba de negro y el novio, que parecía mucho mayor que ella, con uniforme militar. Me pregunté si aquella dama espectral sería mi misteriosa tía Francisca, de la que tan vago recuerdo tenía.

La cocina quedaba a la izquierda y tenía su propia puerta para el servicio. Era amplia y con un comedor con capacidad para una mesa y ocho sillas que en aquellos momentos limpiaba una mujer alta y de aspecto hombruno. Carlos me la presentó como Angustias, la única ayuda que tenía mi tía en la pensión.

—Además de mí —añadió.

A la derecha del recibidor había un largo pasillo donde se sucedían varias puertas de madera con cristalerías de colores sobre el dintel. Las dos primeras eran los cuartos de Angustias y del propio Carlos. Después había una pequeña sala para las visitas que, según él, sólo se utilizaba en las sesiones.

—Las sesiones... del Centro Platón —completó.

Enfrente había un baño y varios dormitorios sin utilizar. Tras un recodo del pasillo aparecieron otras tantas habitaciones. Carlos me indicó que las más alejadas pertene-

cían, por ese orden, a don Marcial, don Fermín, don Gabriel y don Germánico. Otro baño, el que sería mi dormitorio, una sala de estar, un comedor y el reino de mi tía Paca —donde, según Carlos, nadie entraba— completaban la pensión Colmenares.

Mi habitación era amplia pero sencilla y, a pesar de estar muy limpia, se notaba que nadie la había ocupado en mucho tiempo. No tenía más que una cama, un armario y un escritorio sobre el que habían colgado un espejo, pero gozaba de un balcón y un baño pequeño. Carlos dejó todos mis bultos a los pies de la cama y se me quedó mirando con una determinación tan firme que pensé que esperaba propina. Por suerte, no se la di.

—Si quieres que te presente a los demás, ven conmigo a la sala de estar. A estas horas estarán allí —habló por fin—. Aunque tu tía no tardará en llegar.

—La esperaré —respondí yo.

No le reproché que hubiera empezado a tutearme; a fin de cuentas, yo misma se lo había sugerido. Carlos miraba con los ojos de un juez implacable.

—Como quieras —dijo.

Cuando cerró la puerta, me dejé caer aliviada en mi nueva cama, que olía a polvos de talco y naftalina, y casi me quedé dormida; ni siquiera me había quitado el sombrero. No duró mucho mi paz. Al poco, una mujer alta y decidida abrió la puerta y llamó con los nudillos después de hacerlo, más para llamar mi atención que para pedir permiso.

—¡Oh, querida! Qué ganas tenía de verte. ¡Cómo has crecido! Estás estupenda, toda una mujercita. Ya me hicieron saber que ibas a ser una señorita preciosa, pero hay cosas que una no se cree del todo hasta que las ve, sobre todo teniendo en cuenta a la canija de tu madre.

Antes de que me diera cuenta, ya se había abalanzado sobre mí aquel torbellino de mujer vestida de negro que

me abrazaba y estrujaba con tanta fuerza que apenas me había dado tiempo a verla, a analizar sus rasgos, a adivinar en ellos la sombra de los de mi padre. Sólo sabía que era huesuda, porque con cada movimiento me clavaba en alguna parte una costilla, una clavícula o el maxilar. No estaba acostumbrada a semejantes muestras de afecto. Mi padre era un extraño al que rara vez le había sacado un beso, mi madre prefería hacer como que no me veía la mayor parte del tiempo y la tía Lolita, que era la más afectuosa, prefería las palabras a los abrazos. La hermana de mi padre, por lo tanto, me superó desde el primer minuto. Por encima de su hombro podía ver cómo Carlos y Angustias permanecían junto a la puerta con el aire divertido de quienes han ido a ver un espectáculo a escondidas.

Después de mucho parlotear y mucho golpe de pecho contra pecho, mi tía por fin me permitió verle la cara con la excusa de observarme ella a mí.

—¡Déjame que te vea! —Me apartó de su cuerpo con dos manos nudosas y fuertes que me sostuvieron por los brazos mientras me analizaba—. Qué suerte que te hayas parecido a nuestra familia.

En la tía Francisca se repetía el pelo oscuro y abundante de mi padre, vetado por mechones de canas distribuidas con tanta elegancia que parecían artificiales. También estaba en ella mi porte robusto, con aspecto de resistir todas las tormentas, aunque su cuerpo vestido de negro de arriba abajo carecía de curvas, y allí donde yo era redondeada, ella mostraba aristas picudas, como si debiera haber sido más alta de lo que era. Llevaba colgados del cuello un bonito crucifijo modernista y unas gafas de leer muy redondas destinadas a dar apoyo a sus ojos, grandes y de la misma forma que los míos, pero de un verde tan profundo como el de los toros tartesios. Tenía una dentadura prominente, de dientes cuadrados que sus labios ocultaban a duras pe-

nas, y que confería a su rostro un aire cordial de permanente sonrisa, pero adusto; casi una sonrisa de calavera.

Era una mujer de edad indescifrable, que apenas tenía unas arrugas y unas manchas redondas en las manos que sugerían el paso del tiempo. No obstante, tampoco resultaba muy distinta a la mujer que fue y que había quedado retratada en la fotografía de su boda, colgada en el recibidor. Me sorprendió saber que tenía más años que mi padre, pero todavía me sorprendió más que mi padre fuera el pequeño de siete y que a ella, la única mujer, la hubiesen casado con un médico militar viudo, mayor, pero lo bastante adinerado como para que a mi tía no le hubiera faltado nada cuando él sí le faltó.

Por lo que pude deducir de su verborrea confusa, su hijo, al que no vería nunca por allí, había dilapidado gran parte de la fortuna familiar, ella no había logrado el subsidio de viudedad deseado y se había visto obligada a vender el piso de Barcelona y a rehabilitar el de Madrid como pensión. Narraba todas aquellas circunstancias adversas con una vitalidad tan conmovedora que no parecían desgracias, sino oportunidades. De mi primo hablaría poco en aquellos años y sólo lo haría con una mezcla de amor de madre y vergüenza que me costaría asumir como compatibles.

—Debes conocer a los demás —me dijo al final—, pero quítate ese sombrero, que no vas a la iglesia.

Obedecí mecánicamente y lo dejé sobre la cama.

—Sí, tía Francisca.

—Por favor, niña, llámame Paca, como hace todo el mundo menos tu padre.

—Vale, tía Paca.

—Así está mejor. En estos momentos sólo tenemos a los clientes fijos, así que te puedes ir haciendo a ellos porque pasarán tanto tiempo aquí como Dios quiera —se santiguó—, que espero que sea mucho.

Se puso de pie con una energía envidiable y se dirigió a

la puerta, donde reconvinó a Carlos y Angustias por espiarlos con tanto descaro.

—Si vais a cotillear, sed discretos —espetó antes de, con el mismo tono, dirigirse a mí—. ¿Te vas a quedar ahí todo el día? Nos estarán esperando.

—Ya voy, tía Paca.

Me di cuenta al levantarme de que lo había hecho con la misma fuerza con que ella se había erguido unos segundos antes, y se me escapó una sonrisa. Si hay algo que supe desde el principio sobre la tía Paca es que resultaba contagiosa.



Los clientes fijos de la pensión Colmenares podían clasificarse con facilidad por sus bigotes, pues los cuatro caballeros de edad propecta que se sentaban en la sala de estar, y que se apresuraron a ponerse en pie cuando entró la tía Paca, los lucían con ostentoso orgullo.

El único que no conseguía incorporarse completamente, a pesar de su empeño, llevaba un bigote español abierto a la altura del labio, como el cortinaje de un teatro. Masticó su nombre, «don Marcial», mientras apartaba una exótica pipa de espuma de mar. Su bigote, con las puntas anaranjadas, no se unía con las abundantes patillas por escasos milímetros, lo que hacía más evidente su brillante y arrugada calva surcada por pecas y manchas de todos los tamaños y formas.

—No se acostumbre mucho a mi presencia, señorita, pues no tardaré en volver a casa —aclaró cuando la tía, abrumada por el esfuerzo que lo mantenía semierguido, le dio permiso para sentarse.

—No le hagas caso, cree que va a volver a Filipinas —me diría ella después—. Perdió todo en el 98, incluida su esposa, sus tierras y un tornillo de la cabeza. Lo del tornillo no se hizo del todo evidente hasta hace unos años, pero

con las vejeces todo sale, y lleva una temporada que no para de repetir que se vuelve a Filipinas y de nombrar a una mujer que, sospecho, debió de ser su querida. A su esposa, que se murió del disgusto cuando perdimos las colonias, ni la menciona el muy viejo verde.

Don Fermín exhibía un bigote moderno, afilado, trazado a lápiz. Un bigote de estrella de la gran pantalla, parecido al que popularizaría Clark Gable en su papel de Rhett Butler casi diez años después. No creo que nadie supiera entonces quién era Clark Gable, pero don Fermín ya llevaba su bigote. Era el que lucía el traje más barato de los cuatro, pero resultaba impecable dentro de él, con su pañuelo al cuello y un clavel rojo en el ojal. Sólo dejaría de llevar flores durante la guerra, en señal de luto. Pacifista, vegetariano y esperantista, don Fermín había sido profesor de universidad y ahora era, como él mismo se definía, «paseador profesional, pensador independiente» y el único de los cuatro que no estaba viudo. Sostenía que no se había casado nunca porque no podía pedirle a ninguna mujer que lo aguantase toda la vida. La tía Paca replicaba que, a cambio, lo aguantaba ella, que debía de haber perdido su condición de mujer en las mentes de aquellos viejos chochos. Don Fermín era el más joven de los cuatro y coqueteaba de forma inocente con todo lo que se moviera por delante de sus ojos, incluida mi tía. Me besó la mano cuando nos presentaron y a Angustias la llamó *pajarito*, apelativo que no podía ser más opuesto al aspecto de la criada.

Junto a una mesa auxiliar llena de copas, cubiertos y saleros sin ninguna función aparente, se levantaban don Gabriel y don Germánico. Don Gabriel era un hombre con cara de ratón y ojos esforzados que lucía un espectacular bigote francés, retorcido y con las puntas afiladas con cera, al que prestaba mucha más atención que a las cataratas que enturbiaban su mirada. No tardaría en descubrir que fin-

gía una visión perfecta. Había sido militar, al igual que el marido de la tía Paca y que don Germánico, y amaba de forma obscena hablar de batallas de la Gran Guerra, de la que decía saberlo todo, desde el plan de Joffre hasta las cinco ofensivas de Ludendorff.

Su oponente en aquellos enfrentamientos dialécticos para los que se usaban toda suerte de adminículos de menaje a manera de pertrechos era don Germánico, germanófilo de pro hasta en su onomástica, con un desmesurado bigote prusiano que tapaba su boca entera y que se movía cuando hablaba como si bailase por cuenta propia. Don Germánico tenía un enorme pecho cuadrado y ancho y una voz tan grave que hacía vibrar los muebles cuando se enfadaba con don Gabriel a causa de alguna trinchera de tenedores mal colocada sobre la mesa o la verdadera identidad de un comandante francés con un «nombre ridículo, como el de todos los franceses». Don Germánico se había quedado viudo de una mujer muchísimo más joven que él y que le había dado un solo hijo, Guillermo, estudiante de Medicina en Alemania.

—En la Universidad de Colonia, donde se han formado los más prestigiosos médicos del mundo —sacaba pecho.

Don Gabriel le restaba importancia al asunto hablando de sus tres hijos varones, tan inteligentes que después de estudiar en París se habían quedado allí, casados con bellas mujeres francesas y dándole nietos que conocía sólo por fotografía. En su cuarto estaban todos aquellos niños enmarcados en blanco y negro a los que jamás había visto, pues nunca lo iban a visitar. El abuelo repetía con gozoso orgullo sus nombres franceses —Jean-Baptiste, Marion, Camille, Olivier, Catherine, Benoît— y los señalaba con el dedo, aunque no creo que distinguiese ya sus rasgos. La única ocasión en que don Germánico no parecía enfurecido con don Gabriel era cuando su amigo y rival hablaba de su numerosa y lejana familia.

—Al menos don Germánico tiene la seguridad de que su hijo regresará cuando acabe la carrera —aseveraba mi tía—, porque no le gusta tanto Alemania como a su padre.

El quinto bigote importante de la casa lo lucía Angustias, más bien una pelusa oscura y desarreglada que cubría su labio superior y que hacía juego con la que le sombreaba el entrecejo para completar el aspecto masculino de su rostro.

Por su parte, Carlos se esforzaba cada mañana en que no quedase pelo alguno en su propia cara, y a veces pensé que aquel empeño respondía a una suerte de rebeldía. Había llegado a la pensión nada más aprobar el examen de practicante en medicina y cirugía, y ahora ejercía para pagarse la carrera de médico, en la que se le iba todo lo ahorrado.

—Aquí no le cobro nada, pero ayuda con lo que haga falta —aseguró mi tía—, sobre todo con los cuatro señores. Deseando estoy que termine la carrera y tenga un título. ¡Lo bien que nos va a venir un doctor en este asilo geriátrico!

En el pasado, los cuatro señores habían sido amigos de don Fortunato, el difunto esposo de la tía Paca, y los cuatro se habían quedado solos por diversas circunstancias, lo que los había llevado a instalarse en la pensión Colmenares. Poco importaba que alguno de ellos, como don Germánico, tuviese casa en propiedad no muy lejos de allí. Mi tía les había proporcionado una suerte de familia alternativa de la que yo, en esos momentos, pasaba a formar parte aunque no tuviera un bigote que me identificara.

En aquel instante me sobrepasó la idea de convivir con una colección de ancianos extravagantes, una criada masculina y un aspirante a médico que parecía despreciarme, y me prometí a mí misma que pasaría el menor tiempo posible en la pensión. Teniendo que estudiar una carrera y que cumplir la promesa a mi tía Lolita, me pareció tarea fácil.